

Análisis del Discurso y Psicología: A veinte años de la revolución discursiva¹

*Discourse Analysis and Psychology:
Twenty Years after Discursive Revolution*

Vicente Sisto Campos²

Resumen

Hace veinte años la *American Behavioral Scientist* dedicó un número especial a la Segunda Revolución Cognitiva: la *Revolución Discursiva*. El presente artículo revisa las principales ideas que originaron esta perspectiva, especialmente a Potter y Wetherell (1987) y Edwards y Potter (1992), que hasta hoy tienen gran impacto en los nuevos desarrollos de la Psicología, particularmente de la Psicología Social. Se muestra cómo el énfasis inicial puesto en los discursos como entidades coherentes se desplaza a la consideración de estos como acciones responsivas y con un carácter retórico, situando a los discursos como prácticas propiamente tales. Finalmente, se describe cómo la perspectiva discursiva en los actuales debates postconstruccionistas está caracterizando el devenir de las ciencias sociales contemporáneas.

Palabras clave: *Psicología Discursiva, discurso, Teoría Social, socioconstruccionismo, postconstruccionismo.*

Abstract

Twenty years ago, the *American Behavioral Scientist* presented a special issue dedicated to the Second Cognitive Revolution: Discursive Revolution. This paper reviews the principal ideas that gave rise to this perspective, especially Potter and Wetherell (1987)

1 Este artículo ha sido apoyado por FONDECYT a través del proyecto 1121112.

2 Académico Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Viña del Mar, Chile. E-mail: vicente.sisto@ucv.cl

and Edwards and Potter (1992), who even today have great impact in new developments in psychology, particularly social psychology. It is shown how the initial emphasis on discourses as coherent entities is displaced to the notions of responsive actions and rhetorical character, placing discourses as practices. Finally, this work describes how the discursive perspective has a role in current post social constructionist debate, giving a special quality to social sciences' becoming.

Key words: *Discursive Psychology, discourse, Social Theory, social constructionism, postconstructionism.*

Hace veinte años la prestigiosa revista *American Behavioral Scientist*, dedicó un número especial a “*La Segunda Revolución Cognitiva*”. En la editorial, Rom Harré escribió: “la primera fue públicamente iniciada en Harvard en los 1960s por J. S. Bruner y George Miller” (1992, p. 5), e implicó un “alejamiento desde el conductismo hacia el estudio de la cognición” (1992, p. 5). “Sin embargo –agrega–, una segunda revolución cognitiva está tomando lugar silenciosamente, y se extiende ampliamente fuera de los límites disciplinarios de la Psicología” (1992, p. 6). Según describe, durante los años previos, muchas investigaciones, desde diversos campos, coincidieron en remitir lo cognitivo a “procesos simbólicos, realizados de acuerdo a ciertas reglas, de las cuales el uso del lenguaje es la más poderosa y más sutil” (Harré, 1992, p. 6). La conclusión es clara: “por supuesto, hay procesos cognitivos, pero éstos son inmanentes a las prácticas discursivas que están justo frente a nuestras narices” (1992, p. 6). Por lo cual, lo cognitivo finalmente resulta una expresión de unos procesos más complejos, de carácter social, llamados discursivos. Es así que la “segunda revolución cognitiva” será la *revolución discursiva*. Cabe destacar que este 2012, no solo se cumplen veinte años de la edición de este número especial en el cual emerge esta nominación, sino que también veinte años de la publicación del libro *Discursive Psychology* de Derek Edwards y Jonathan Potter, en el cual se acuña el término de Psicología Discursiva, y veinticinco años de la publicación del emblemático *Discourse*

and Social Psychology, Beyond Attitudes and Behaviour de Jonathan Potter y Margaret Wetherell. Ambos textos son representativos de una perspectiva originada en Inglaterra, y, si bien habrá otros desarrollos que traerán la noción de discurso a la Psicología, esta será la que tendrá un impacto más visible bajo la etiqueta de *Psicología Discursiva*.

Si bien algunos autores del campo de las ciencias sociales han señalado que desde hace tiempo el giro discursivo “ya ha sido tomado” (Denzin & Lincoln, 2003, p. 4), en psicología aún es una visión que sigue disputando el campo disciplinar con las perspectivas funcionalistas y cognitivas. En este contexto, el presente artículo se orienta a abordar esta revolución discursiva a través de la revisión de algunos textos emblemáticos publicados en la emergencia del movimiento discursivo en psicología, poniendo especial interés en estos dos libros. Considerando que los límites propios de un artículo no permiten una revisión exhaustiva, se profundizará fundamentalmente en cómo los planteamientos discursivos proponen nuevos modos de comprender lo psicológico como discurso y como acción social. He aquí quizás el aporte fundamental realizado por esta perspectiva al estudio y a la investigación en psicología, concretado en una serie de herramientas empíricas que permiten el estudio de esta relación.

Para comenzar, abordaremos al Socioconstruccionismo, línea de pensamiento en la cual se va a inscribir el Discursivismo, para luego focalizarse en el surgimiento de esta perspectiva, calificada como *revolucionaria* en psicología.

El Socioconstruccionismo

Este movimiento surge a finales de la década de los sesenta, en el marco de la creciente expansión del estructuralismo y, posteriormente, del postestructuralismo, influido amplia y explícitamente por el denominado giro lingüístico y la filosofía del lenguaje de segunda mitad del siglo XX, encarnada por Wittgenstein. De acuerdo al Socioconstruccionismo, o Construccionismo Social, el conocimiento no está en la mente de los

individuos, las palabras no son reflejo de la mente, ni de una naturaleza preexistente:

La fuente principal de las palabras que utilizamos sobre el mundo radica en la relación social. Desde este ángulo lo que llamamos conocimiento no es el producto de mentes individuales, sino del intercambio social; no es el fruto de la individualidad sino el de la interdependencia (Gergen, 1989, p. 169).

Estos procesos sociales que constituyen a la realidad toman el carácter de procesos históricos, y se concretizan en discursos acerca de la realidad (Gergen, 1989). En efecto, el lenguaje, en tanto sentidos socialmente compartidos, construye realidades, y cambia junto con las relaciones sociales.

Su efecto principal sobre la práctica en las ciencias sociales se orienta como crítica a la utilización de los métodos de las ciencias naturales en la investigación social. Los procesos sociales tal cual son descritos por el socioconstruccionismo tienen características ante las cuales las reglas del método científico y los laboratorios sociales son impotentes, incapaces de abarcar. Por ello, el construccionismo social demanda situar la mirada en los procesos sociales que otorgan sentido y existencia a la realidad, y esto “no radica EN las personas, ni tampoco FUERA de ellas, sino que se ubica precisamente ENTRE las personas, es decir, en el espacio de significados del que participan o que construyen conjuntamente” (Ibáñez, 1989, p. 119). Para ello se requieren métodos capaces de dar cuenta de esta complejidad intersubjetiva, métodos liberados de la necesidad de ajustarse al método científico experimental propio de las ciencias naturales que ha dominado a la psicología social, como psicología social experimental.

El socioconstruccionismo, en tanto perspectiva teórica, va a tener su eco en psicología. Primero, a través de la perspectiva culturalista con su recuperación de la psicología soviética, especialmente en lo que dice relación con el problema del desarrollo del niño. La psicología soviética, en particular la perspectiva de Vygotsky y Leontiev, psicólogos ampliamente recuperados por la avalancha culturalista, está basada en la noción marxista de lenguaje, y esto es lo que transforma radicalmente la noción de sujeto

a la que apunta la psicología culturalista. Sujeto emergente desde sus contextos histórico-culturales, sujeto individualizado desde lo social. Desde esta posición, distintos investigadores de la perspectiva culturalista se aproximarán o formarán parte del movimiento socioconstruccionista (por ejemplo, Shotter, 1978). Sin embargo, la mayoría de los autodenominados psicólogos culturalistas, hasta el día de hoy, reducen su ámbito de acción al desarrollo psicológico del niño.

Va a ser la introducción del análisis del discurso a la investigación en psicología social la que traerá consigo el desarrollo de una de las respuestas más consistentes desde una perspectiva socioconstruccionista a la Psicología Cognitiva: la Psicología Discursiva.

Antecedentes del Análisis del Discurso

El análisis del discurso es traído a la psicología social desde la lingüística y la pragmática a partir del reconocimiento de la importancia del lenguaje en la vida social. Su advenimiento significa no solo la incorporación de una herramienta metodológica más en el amplio repertorio de métodos cualitativos de la psicología social, sino también la introducción de una perspectiva teórica que se funda en la noción de que “el lenguaje ordena nuestras percepciones y hace que las cosas sucedan, mostrando cómo el lenguaje puede ser usado para construir y crear la interacción social y diversos mundos sociales” (Potter & Wetherell, 1987, p. 1).

En un sentido amplio, la noción de discurso es usada para tratar todos los tipos de interacciones lingüísticas, sean habladas o en la forma de textos escritos, de carácter formal e informal; de modo que el análisis del discurso se constituiría entonces como el análisis de cualquier tipo de material discursivo (Potter & Wetherell, 1987).

En esta perspectiva, el objetivo con que se plantea la incorporación del análisis del discurso como herramienta para la psicología social es “obtener un mejor entendimiento de la vida social y de la interacción social a través del estudio de textos sociales” (Potter & Wetherell, 1987, p. 3).

El análisis del discurso aplicado a la psicología social tiene sus raíces en una amplia variedad de teorías literarias, filosóficas, sociológicas

y lingüísticas. De hecho, dependiendo del autor, las fuentes variarán en alguna medida. Por ejemplo, Parker (1992) señala al trabajo de Michel Foucault y de Roland Barthes como algunas de las principales fuentes. Potter y Wetherell (1987) y Edwards y Potter (1992), por su parte, dan un mayor énfasis a la teoría de los actos de habla y a la etnometodología.

A pesar de estas diferencias, los diversos autores coinciden en señalar que es a través del lenguaje que gran parte de nuestras actividades son realizadas. El habla y la escritura, como plantean Potter y Wetherell (1987), no existen en la pureza conceptual, sino que son antes que nada medios para la acción. Por lo anterior no resulta extraño que la perspectiva chomskiana, dominante en la visión cognitivista, sea rechazada por estos psicólogos analistas del discurso. Chomsky (1965) pone como objeto de estudio a la lengua, descrita como estructura profunda, como un código descontextualizado que solo se expresa en el habla cotidiana, y reside a nivel individual (en las estructuras neurales), enfatizándose así lo individual por sobre lo social. El discurso, en cambio, vive en la arena de la práctica social, y siendo la práctica cotidiana del lenguaje siempre una práctica orientada hacia un otro, no puede ser desechada su existencia social.

He ahí que se reconoce la influencia de la teoría de los actos de habla de Austin (1982) y Searle (1965), la que se focaliza en cómo el lenguaje es usado cotidianamente como una forma de acción, considerándosele como la iniciación de la pragmática moderna. Se funda en la noción de que el lenguaje no solo permite describir el mundo, sino que hace cosas, poniendo su énfasis en las consecuencias del uso del lenguaje.

Por su parte, la investigación etnometodológica, desarrollada como disciplina empírica, centrada en cómo adquiere sentido la vida cotidiana, se constituirá en otro de los referentes esenciales. Estos investigadores consideran que la interacción no es un fenómeno que siga órdenes predeterminados, más bien los sujetos la producen activamente. En esto el lenguaje juega un rol fundamental, ya que las descripciones y explicaciones formulan la naturaleza de la acción y de la situación. Tal como lo plantea Garfinkel (en Heritage, 1984), las actividades por medio de las cuales los miembros producen y manejan las situaciones de las actividades cotidianas organizadas son idénticas a los métodos que utilizan para hacer explicables

esos contextos; es esto lo que los etnometodólogos llaman la propiedad reflexiva del lenguaje.

Desde esta perspectiva, se extrae la noción que el lenguaje no solo es reproducido, sino que también es producido en el habla cotidiana, construyendo las situaciones concretas y la acción misma. Estas interacciones, además, siempre están envueltas en el trabajo interpretativo que realizan sus participantes, los que utilizan el conocimiento de contexto que poseen. Se rescata, también, que el habla hace cosas, poniendo énfasis en la función de las interacciones lingüísticas.

La otra disciplina de la que los analistas del discurso reconocen herencia es la semiología postestructuralista francesa, en especial la semiótica connotativa propuesta por el danés Hjelmslev y continuada por Barthes a través de su noción de mito. Al significado convencional de cada signo, limitado por el código de la lengua que hace posible la comunicación, llamado plano denotativo del signo, le corresponde un nivel más complejo de significación, denominado connotativo, que se constituye por el contexto psicológico y social del signo en su uso concreto (Barthes, 1970). Es en este plano que Barthes (Barthes, 1988) señala que los significados no son naturales, sino que están dominados por las convenciones sociales concretas de una determinada comunidad. Es a esto a lo que denomina *mito*, resultando esta una idea fundamental para la comprensión discursiva (Potter & Wetherell, 1987). Finalmente, cabe destacar la influencia de Foucault (1983) mediante su noción de discurso como conjunto de reglas no explícitas que fijan las posibilidades en que puede ser algo dicho, creando así determinados objetos y no otros.

El discurso

A partir de estos antecedentes, Potter y Wetherell (1987) propondrán abordar al discurso a través de tres dimensiones relevantes: *función, construcción y variación*.

Tomando la noción que los discursos son usados para hacer cosas, los discursos deben ser vistos desde el punto de la *función* que tienen. Pero estas funciones no siempre son explícitas, por ello será la lectura de

contexto que realice el analista la que determinará la función específica de tal o cual discurso.

El discurso *construye* versiones sobre el mundo. Según Potter y Wetherell (1987), la función implica la construcción de versiones y esto está demostrado por la variación del lenguaje. La construcción de los eventos de los que se da cuenta a través del lenguaje siempre pasa por el uso de los recursos lingüísticos preexistentes en el lenguaje mismo, y el uso de los recursos incluidos en el dar cuenta de eventos siempre está determinado por un proceso de selección activa que se lleva a cabo al momento de construir la versión a través del lenguaje. A lo anterior es necesario agregar que la interacción social adquiere como una de sus formas primordiales el dar cuenta de eventos, concebidos como una realidad más allá de la misma interacción, por lo que el habla cotidiana, en tanto orientada a dar cuenta de eventos, puede ser concebida como una potente constructora de realidad, y esta cualidad emerge no de una intención premeditada por la persona hablante, sino de la necesidad de dar sentido a los fenómenos y al hecho de estar sumergida en la actividad social cotidiana de construir versiones coherentes como justificaciones (Billig, 1987; Potter & Wetherell, 1987).

Por último, la *variación* como característica del discurso emerge de la observación del habla cotidiana y hace referencia a que el lenguaje cambia constantemente de funciones, en relación a las transformaciones de sus contextos. De modo que con el concepto de variación se quiere proponer que el lenguaje puede ser usado con una gran variedad de funciones y que su uso implica una amplia variedad de consecuencias; un mismo fenómeno puede ser descrito de una gran variedad de maneras, posibilitando dar cuenta de distintas versiones de un fenómeno. Así, la perspectiva del análisis del discurso asume al lenguaje como una entidad variable y relacionada a sus contextos, a diferencia de la perspectiva más realista, representacionista, del lenguaje tal como fue asumido por el cognitivismo, que da mayor énfasis a la consistencia como signo de validez.

Desde el análisis del discurso se concibe que las personas siempre construyen a través del lenguaje versiones y eventos, modifican su despliegue discursivo de acuerdo a los contextos en que este es elaborado como consecuencia de la necesidad de desarrollar un amplio rango

de actividades en su habla, con el fin de lograr diversos efectos, o una coherencia argumentativa en el dar cuenta.

A partir de lo anterior, los analistas del discurso dejan de lado la comprensión del lenguaje desde una perspectiva realista representacionista, cobrando así el discurso derecho propio a ser analizado como una entidad autónoma, transformándose en un tópico central para el análisis de los procesos de interacción social, reenfoándose una gran cantidad de problemas propios de la psicología social clásica.

El Análisis del Discurso

Los discursos existen en tanto pedazos de discursos repartidos en textos (Parker, 1992). Los textos son tejidos delimitados de significados reproducidos de cualquier forma que puedan dar una luz interpretativa. Estos son del más distinto tipo: entrevistas, noticias, fotografías, conversaciones, entre otros (Potter, 1998; Potter & Wetherell, 1987). Es la *traslación* de este texto a un soporte escrito o hablado lo que permite visualizar ese discurso, es decir donde la categoría de discurso se vuelve más apropiada (Parker, 1992).

Estos textos, traducidos a soporte escrito o hablado, son entendidos no como caminos secundarios para abordar alguna cosa más allá del texto, como podrían ser actitudes, procesos cognitivos o hechos. El texto es tratado como “una realidad en su propio derecho” (Potter & Wetherell, 1987, p. 160), de modo que a este enfoque le importa el habla y la escritura *en sí misma*, y cómo en ella son constituidos objetos y sujetos.

Así la pregunta de investigación que guía al analista de discurso dice relación con la construcción que realiza el discurso y la función que este tiene: cómo está articulado el discurso y qué es obtenido a través de esta construcción (Potter & Wetherell, 1987).

No es nuestra intención describir las etapas de análisis de discurso tal cual ya han sido planteadas en distintos textos (Edwards & Potter, 1992; Iñiguez & Antaki, 1994; Parker, 1992; Potter & Wetherell, 1987, entre otros). Sin embargo, detengámonos en un proceso definido como

central en el análisis de discurso: el cómo a partir de textos son extraídos discursos.

Si lo que se encuentra son textos, trozos de discurso, una tarea crítica en el análisis es obtener, a partir de esos textos, discursos propiamente tales. Para ello, Potter y Wetherell (1987) proponen la noción de *repertorios interpretativos*. Estos son definidos como:

sistemas de términos usados recurrentemente para caracterizar y evaluar acciones, eventos y otros fenómenos. Un repertorio, como los repertorios empiricistas y contingentes, son usados a través de un rango limitado de términos en construcciones estilísticas y gramáticas particulares. Con frecuencia un repertorio se organizará alrededor de metáforas y otras figuras del habla (p. 149).

El material de trabajo siempre son textos, o pasajes del discurso, fragmentados y muchas veces contradictorios. Para establecer los repertorios interpretativos que se despliegan en cada uno de estos pasajes se realizan dos tipos de tareas interrelacionadas: la primera consiste en buscar patrones de variabilidad y de consistencia, y la segunda tiene que ver con la descripción de sus funciones y consecuencias.

La variabilidad hace referencia a cómo mismas acciones, eventos o creencias, son descritos mediante el discurso, en distintas circunstancias de modos distintos. Por ello la consistencia no tiene relación con la descripción de un mundo coherente, sino más bien con el ajuste de los discursos a diferentes contextos. Es decir, el habla puede dar cuenta de un mismo objeto de modos diversos (*variabilidad*), construyéndolo distintamente según la circunstancia (*consistencia*). En estos patrones de consistencia entre los modos de dar cuenta y las circunstancias de enunciación se constituyen los repertorios interpretativos como un sistema de términos recurrentemente usados con una particular construcción estilística y gramática. Así la variabilidad está entre distintos textos correspondientes a distintos repertorios interpretativos, no al interior de cada repertorio interpretativo.

A la vez, tal como queda de manifiesto en las investigaciones en torno al racismo realizadas por Wetherell y Potter (1992), los repertorios

interpretativos quedan relacionados con las circunstancias ante las cuales aparecen, dando cuenta de eventos, creencias o acciones, adquiriendo una estructura de tipo argumentativo. Es decir, diferentes temas, metáforas o términos, pueden ser invocados desde el repertorio según su conveniencia o ajuste a un contexto inmediato (Potter, Wetherell, Gill & Edwards, 1990). Así, los discursos emergen construyendo a los objetos de los que dan cuenta de modos diferentes según la circunstancia, adquiriendo la dirección de una explicación dirigida a ese contexto específico.

A partir de la identificación de los repertorios interpretativos que aparecen en el texto analizado, se hipotetiza la función que cada uno tendría en el contexto ante el cual son usados recurrentemente. “El análisis debe mostrarnos cómo el discurso se articula y encaja junto, y cómo la estructura discursiva produce efectos y funciones” (Potter & Wetherell, 1987, p. 170).

Parker, en *Discourse Dynamics* (1992), definirá *discurso* como un *sistema coherente de significados*. Según este autor, cuando las metáforas, analogías y dibujos de un discurso son transformados en declaraciones de la realidad, el discurso se transforma en *cualquier sistema reglado de declaraciones*. En efecto, las declaraciones en un discurso *pueden ser agrupadas, dando una cierta coherencia, siempre que se refieran al mismo tópico*. Siguiendo la perspectiva realista crítica de Bashkar, Parker propone que, a partir de esta operación se puede considerar el rango del discurso entre los que podrían resultar beneficiados en el discurso y los oprimidos del discurso, abordando los efectos de poder.

Sin profundizar en la propuesta de Parker, podemos apreciar que coincide con la de Potter y Wetherell. Ambas dan cuenta de un proceso que, a partir de textualidades fragmentarias, debe “dar coherencia a un cuerpo discursivo” (Potter & Wetherell, 1987, p. 170). De hecho, para estos últimos, la coherencia en el discurso permite la validación del análisis (Potter & Wetherell, 1987). Esta operación constructiva de coherencias, según los autores, no puede quedar fuera del análisis. Por ello la reflexividad se convierte en condición para esta investigación. “Cuando los analistas de discurso leen textos continuamente ponen entre comillas lo que leen, se preguntan ¿por qué fue dicho esto?, y no qué, ¿por qué estas palabras? y

¿dónde caben las connotaciones de esas palabras en diferentes modos de hablar sobre el mundo?” (Parker, 1992, pp. 3-4). Potter y Wetherell (1987) lo explican así “el analista constantemente se pregunta: ¿Por qué yo estoy leyendo este pasaje de esta manera? ¿Qué características y efectos produce esta lectura?” (p. 168). Incluso, Potter y Wetherell (1987), plantean, como criterio de validez, la *orientación de los participantes*, proponiendo corroborar en la misma entrevista, a través de los turnos de habla, las lecturas analíticas, mediante un proceso reflexivo conjunto que dé cuenta de lo que para ellos constituye la consistencia y la diferencia. Esto, sin embargo, no será profundizado directamente al menos por estos autores en trabajos posteriores.

He aquí que emerge el análisis del discurso como una alternativa a los métodos tradicionales en psicología social, como son la categorización de comportamientos, la medición de variables y los diversos intentos de desarrollar modelos predictivos del comportamiento humano. Estas perspectivas son criticadas, en tanto las categorías que usamos para describir un objeto no son reflejo de sus cualidades intrínsecas y predefinidas; al contrario, son estas categorías las que traen el objeto a existencia, efectivamente son las categorías de análisis las que determinan los resultados, y no a la inversa.

Del análisis de discurso a la Psicología Discursiva

La emergencia del análisis del discurso como herramienta metodológica no se limitó a la simple aportación de un medio más para la investigación en psicología social. Su introducción se transformó también en el nacimiento de una nueva perspectiva psicológica que para algunos será una nueva revolución en la psicología, como lo fue en su momento la revolución cognitiva (Edwards, 1997; Harré, 1992; Harré & Gillet, 1994; Shotter, 2001). Si bien existen diversas perspectivas que coinciden en centrar las explicaciones de los fenómenos psicológicos en torno al concepto de significación y a los procesos por los cuales los significados son creados, negociados y usados al interior de una comunidad, con la incorporación

del análisis del discurso, estas encontraron su punto de anclaje en el concepto de *discurso*, constituyéndose así una *psicología discursiva* propiamente tal, nominación que será título de la obra de Edwards y Potter (1992) y que será difundida originalmente desde el grupo alojado en la Universidad de Loughborough.

Según Potter (1998), la psicología discursiva se orienta a descubrir cómo son construidos los eventos, poniendo su foco

en la interacción cotidiana, en el habla y discurso, en las actividades que la gente realiza cuando dan sentido al mundo social y a los recursos (sistemas de categorías, vocabularios, nociones de personas, etc.) de los cuales dependen estas actividades (...) La psicología discursiva cambia el énfasis desde la naturaleza de lo estático individual hacia la práctica dinámica de la interacción (p. 150).

Los discursos son así concebidos como constitutivos de los fenómenos psicológicos. Con la psicología culturalista, se giró la mirada hacia el papel fundamental que le cabía al lenguaje en lo psicológico, la psicología discursiva concretiza esta importancia del lenguaje en la noción de discurso, el habla y la escritura orientados a la acción (Edwards & Potter, 1992). El lenguaje, entonces, es visto en el contexto de su ocurrencia, como construcción ocasionada y situada.

De este modo, la psicología discursiva aparece presentándose como una reconceptualización teórica radical que abarcará los conceptos de sujeto, subjetivación, construcción de objeto y de realidad, y demás fenómenos intersubjetivos. Diversas investigaciones bajo esta perspectiva han permitido abordar los problemas habituales de la psicología en los diversos campos: memoria (Edwards, 1997; Middleton & Edwards, 1990), emoción (Edwards, 1997), prejuicio (Potter & Wetherell, 1987; Wetherell & Potter 1992), psicopatología e identidad (Shotter & Gergen, 1989). Una característica central de la psicología discursiva será que esta trata tanto con la realidad externa, como con la psicológica, como referidas a acciones discursivas, abiertas a la capacidad constructiva de las descripciones e implicaciones de estas acciones discursivas (Edwards & Parker, 1992).

Para la Psicología Discursiva los sujetos se construyen en las actividades discursivas: “Un sujeto, un sentido del ser, es una constitución localizada al interior de la esfera expresiva, la cual encuentra su voz a través de grupos de atributos y responsabilidades asignadas a él como a una variedad de otros objetos” (Parker, 1992 p. 9); es por ello que se enfatiza que el discurso interpela a los sujetos constituyéndolos de determinadas maneras y que, como sujetos, no podemos evitar las percepciones de nosotros mismos y de los otros a las que el discurso nos invita.

Si el discurso es utilizado variablemente y en consistencia a las circunstancias, entonces el sí mismo y la identidad son visualizadas como versiones construidas factualmente, calzando con las actividades prácticas e interacciones de la gente (Edwards & Potter, 1992).

De lo anterior se desprende que el sujeto no resulta concebido como una producción individual, sino más bien social, variable y moldeable contextualmente, enfrentando las principales tradiciones en psicología que han abordado el problema de la identidad y de la subjetividad como una entidad individualizada y estable, como por ejemplo las teorías clásicas de la personalidad. Si son los discursos los que producen sujetos, entonces el sujeto no puede ser concebido como una mónada individualizada estable y permanente, “no existe ‘un’ verdadero self esperando ser descubierto, sí una multitud de seres encontrados en los diferentes tipos de prácticas lingüísticas” (Potter & Wetherell, 1987, p. 102) articuladas ahora, en el pasado, histórica y transculturalmente.

La psicología discursiva se ha empeñado en el estudio de cómo particulares versiones del ser y del otro son usadas y estabilizadas en coherencia con una particular versión de los eventos, del mundo, como recurso para determinadas acciones (Edwards & Potter, 1992). En este sentido, los distintos modelos psicológicos de sujeto son vistos como una construcción teórica localizada históricamente. Al depender de ciertos tipos de prácticas sociales son inevitablemente contingentes al contexto cultural e histórico inmediato al desarrollo del modelo.

El sujeto es, entonces, producido en el discurso, entendido como una práctica dirigida. Así, de la presión para dar cuenta de sí y hacerse

inteligible a los otros mediante el discurso emergería el sujeto, implicado en la práctica social discursiva (Potter & Wetherell, 1987). Desde este punto de vista, en que es el discurso el que da cuerpo permitiendo la emergencia de un sujeto, la matriz gramática del lenguaje y su uso cotidiano toman relevancia para un análisis discursivo de la constitución del sujeto.

Sujetados al discurso como acción

Parker (1992) especifica que cuando abordamos un discurso determinado, la construcción de sujetos debe ser enfocada observando, por una parte, al que dirige nuestra atención (*addressor*) no tanto como autor que ha originado el texto, sino como cobrando existencia en él; y, por otra parte, a aquel al que se dirige el texto, incluyendo qué rol optamos como escuchas de él. Distinguido esto, debe describirse cómo los sujetos referidos somos posicionados como sujetos en el flujo discursivo, qué nos permite decir, qué derechos tenemos para decir qué cosas, en tanto sujetos constituidos en un determinado discurso.

Así, el sujeto de la psicología discursiva resulta visualizado como un flujo determinándose en las prácticas sociales discursivas, el discurso articula al sujeto como parte de la direccionalidad de tipo argumentativa y retórica que caracteriza a las prácticas discursivas cotidianas. El sujeto viene determinado como una práctica argumentativa que intenta alcanzar consistencia con su circunstancia de emisión.

Los discursos varían, utilizándose distintos repertorios interpretativos en cada situación, por tanto, el sujeto varía, como una construcción dependiente de estos repertorios interpretativos, o discursos que constituyen a las prácticas sociales cotidianas.

Al respecto, Potter y Wetherell (1987), señalan que el reconocimiento de la subjetividad, como parte de cada uno de los distintos discursos que se entrecruzan en las prácticas lingüísticas concretas, ayudaría a la emancipación de la necesidad de un modelo rígido y estable, independiente de las circunstancias del “yo”.

Los sujetos son sujetos hablantes, lo definitorio de sus características vendrá dado por su práctica cotidiana de hablar y dar cuenta de hechos y de sí

mismo como fuente de descripciones y argumentos. Los discursos en los cuales su práctica lingüística se desarrolla determinarán sus características propias, en tanto construcciones variables de acuerdo a las circunstancias, que determinan la aparición de los discursos. De esta manera, los sujetos resultan contruidos en el discurso, en cómo, en su ajuste de tipo retórico a las circunstancias, surge el hablante o el escucha, constituyéndose el sujeto en el uso del discurso.

En efecto, la variabilidad pone a los discursos en una relación constitutiva con sus contextos, permitiendo a la psicología discursiva ver al discurso en su despliegue cotidiano en el habla y la escritura, y al sujeto emergiendo en ese despliegue.

El habla despliega el cómo la gente define y persigue cada tópico, cómo ellos mismos, los hablantes, son desplegados y resueltos, cómo ellos son argumentados, demandados y evitados, y cómo ellos son formulados al interior de actividades conversacionales, cada una de las cuales asigna, evita o mitiga responsabilidades o culpas (Edwards & Potter, 1992, p. 16).

He aquí que los discursos son puestos en acción.

Las descripciones que realizan los participantes de la acción discursiva quedan referidas y son juzgadas no persiguiendo desinteresadamente la verdad, sino por las contingencias de la acción práctica. “Puesto de otro modo, las epistemologías de nuestro discurso cotidiano son organizadas según la adecuación o utilidad más que por su validez y corrección” (Edwards & Potter, 1992, p. 16).

Es a partir de las construcciones discursivas en la vida cotidiana que la realidad es construida como tal, y en la que los hablantes son desplegados de un cierto modo, determinándose así percepción, inferencias y otros procesos psicológicos.

Por ello la psicología discursiva quedará referida a la organización de la vida cotidiana, entendida como una organización de tipo retórico argumentativo que determinará la variabilidad discursiva.

Un modelo de acción discursiva

En el libro *Discursive Psychology* (Edwards & Potter, 1992), se propone un modelo como base para la psicología discursiva: el *Discursive Action*

Model (DAM), o modelo de acción discursiva. Este intenta capturar las principales características que adquiere el discurso contemplado en su despliegue en las prácticas discursivas que realizan las personas. En este se remarcan tres dimensiones (1992, p. 154):

a. El Discurso como Acción

1. El foco está en la acción, no en la cognición.
2. El recuerdo y las atribuciones devienen operacionalmente en tanto reportes (y descripciones, formulaciones, versiones y otras formas de dar cuenta) e inferencias que estos posibilitan.
3. Los reportes están situados en secuencias de actividad cada una de las cuales envuelve implicaciones de culpa, rechazo y defensa.

b. La Construcción de Hechos e Intereses

1. Existe un dilema de intereses o posiciones las cuales con frecuencia son administradas realizando atribuciones a través de los reportes.
2. Los reportes son por lo tanto contruidos/desplegados como factuales a través de una variedad de técnicas discursivas.
3. Los reportes son organizados retóricamente para anular alternativas.

c. La Capacidad de Dar Cuenta

1. Los reportes de un evento atienden a la agencia y a la capacidad de dar cuenta.
2. Los reportes atienden a la condición de un hablante en la acción de dar cuenta, incluyéndose esto en el reporte.
3. Los últimos dos puntos están por lo tanto relacionados, así como el 1 queda desplegado por el 2, y el 2 es desplegado por el 1.

Tal como se puede apreciar, este modelo nos orienta a visualizar las descripciones, narraciones y otras textualidades, con las cuales continuamente trabaja la psicología, como formas de acción en sí mismas, que están situadas en secuencias de actividades. Los hechos reportados, por lo tanto, debemos comprenderlos no como representaciones, sino que en relación a lo que hacen y sus efectos, por lo que deben ser analizadas en función de qué permiten y justifican, y qué posibilidades y versiones alternativas

anula. A la vez, estos reportes textuales, descripciones, narraciones, dan cuenta de posiciones de sujeto, construyéndolas. El hablante mismo emerge en su propio reporte como agente, habilitado a ciertas formas de acción y posibilitado como narrador con una capacidad de dar cuenta de ciertas cosas y de un cierto modo.

Este modelo intenta sintetizar el enfoque con el que la psicología discursiva aborda los principales problemas propios de la psicología cognitivista. Efectivamente, el lenguaje es señalado no como representación, sino como acción. “La psicología discursiva está referida con las prácticas de las personas: comunicación, interacción, y la organización de esas prácticas en diferentes tipos de contextos” (Edwards & Potter, 1992, p. 156). Así, el discursivismo intenta derrotar la reducción individualista de la psicología cognitiva centrándose en la interacción. Edwards y Potter (1992) son enfáticos en señalar que las vidas humanas vívidas están compuestas, como materia primordial, por actividades situadas en un contexto retórico y discursivo, de justificación y argumentación, que sería el que caracterizaría y daría cuerpo a la vida social. Por ello, el objeto central de la psicología discursiva es la naturaleza de la acción discursiva como parte de una secuencia de actividad retórica en las prácticas cotidianas de justificación, argumentación, asignación de responsabilidad y culpa.

La vida social, entonces, cobra su existencia en las interacciones discursivas, en el uso de discursos en secuencias de actividad, cada una de las cuales envuelve implicaciones de culpa, rechazo y defensa, a través de las que se administran intereses o posiciones, desplegándose los reportes como factuales a través de una variedad de técnicas discursivas, y organizados retóricamente para anular alternativas. Es en el uso de los sistemas discursivos en la vida social, entendida retóricamente, que los hablantes son construidos en la acción de dar cuenta y de ser aludidos por el discurso.

La vida social es vista como un debate de tipo retórico realizado a través de los discursos desplegados en el habla y la escritura. La vida social es realizada en el despliegue cotidiano de los discursos como estrategias retóricas, en las cuales los sujetos son construidos en tanto aludidos por el discurso, de alguna manera, sea como hablante o escucha al cual se dirige.

Un epílogo veinte años después

Tal como hemos apreciado, la perspectiva discursiva emerge en psicología ante la insuficiencia de las miradas representacionistas para dar cuenta de la relación que se establece entre lo cognitivo, de tipo individual, y lo social, cuestionándose tanto sus fundamentos ontológicos y epistemológicos, como sus prácticas investigativas. En efecto, el cognitivismo pudo sustentarse en una concepción según la cual el lenguaje sería efectivamente un adecuado dispositivo para la representación de la realidad. Sin embargo, el devenir de las ciencias sociales y, en particular, del estudio del lenguaje, darán cuenta de su dimensión constructiva, ligada a las prácticas sociales y dependiente de estas. Tal como señalará Eco en su *Tratado de Semiótica General* (1981), los códigos “abstractos”, que permiten toda producción lingüística, dependen antes que nada del propio devenir cultural. Es así que, en el contexto del auge socioconstruccionista, la perspectiva discursiva permitirá abordar de un modo muy concreto y empírico cómo las categorías, reportes y narraciones, mediante las cuales damos cuenta de nuestros procesos cognitivos, tienen un carácter constructivo, constituyéndose en prácticas sociales propiamente tales.

Si consideramos el devenir de la perspectiva discursiva a partir de los textos citados en este artículo, podremos apreciar una cierta transformación en la consideración de lo discursivo. Si en *Discourse and Social Psychology* de Potter y Wetherell (1987), el énfasis se ponía en la coherencia del discurso, en *Discursive Psychology*, de Edwards, y del mismo Potter (1992), se produce un desplazamiento significativo hacia la comprensión de los discursos como prácticas retóricas, enfatizando el carácter responsivo y situado de las *acciones discursivas*. El hablar de acciones o prácticas discursivas, en vez de discurso propiamente tal, supone una concepción más práctica, situada y heterogénea del discurso. He aquí que podemos visualizar a la perspectiva discursiva como una mirada en movimiento, conectándose y participando de los debates contemporáneos de las ciencias sociales, transformándose continuamente, un movimiento que no se detendrá en los años siguientes.

Hoy, a veinte años de la revolución discursiva, el debate en ciencias sociales está fuertemente orientado por las llamadas perspectivas postconstruccionistas (Íñiguez, 2005). Estas coinciden en rechazar los llamados “trucos divinos”, tanto del positivismo como del relativismo estructural. Tal como señaló Haraway (1991), ambas remiten toda práctica social, finalmente, a una entidad que está ahí y es independiente, adquiriendo una realidad objetiva, como podrían ser los discursos entendidos como estructuras coherentes que son *reproducidas* en el devenir cotidiano, y cuyas huellas encontramos en diversas producciones textuales. Por el contrario, las perspectivas postconstruccionistas desarrollarán y profundizarán la noción de práctica discursiva, mostrando cómo cada una de ellas es producción a la vez que reproducción, noción que ha influido incluso en los nuevos debates en investigación cualitativa (Sisto, 2008).

La noción de *performatividad* de Butler será fundamental en este desarrollo. Según ella, el género solo existe en la medida en que es actuado, posicionándolo en el ámbito de la acción social, en diálogo con los procesos de cristalización y solidificación emergentes de la reiteración ritualizada. De modo que lo que a primera vista es sólido y estructural, resulta un emergente a partir de prácticas reiteradas ritualizadamente, pero que cobran vida en la acción misma, donde tiene lugar su propia transformación (Butler, 1990).

En esta misma dirección, la comprensión desarrollada por Deleuze ha sido inspiradora (Deleuze & Guattari, 1997). Estos autores dan cuenta de lo social como un proceso múltiple y heterogéneo con fuerzas orientadas a la territorialización, generando estructuralidad, a la vez que a la desterritorialización, con lo cual la oposición entre cambio y estructura se disuelve en un espacio configurado por líneas estructuradas y de fuga que no llegan a solidificarse. Esta comprensión la podemos ver con claridad en Nikolas Rose, que, a la hora de pensar los procesos de subjetivación, acude a la metáfora del pliegue. Según esta noción, el ser humano no es una entidad con una historia, sino más bien el blanco de una multiplicidad de tipos de trabajo, pensable más como una latitud o una

longitud donde se intersectan distintos vectores a velocidades diferentes. La “interioridad”, que tantos se sienten obligados a diagnosticar, no es la del sistema psicológico, sino la de una superficie discontinua, una especie de plegamiento de la exterioridad. Tal como propone Rose (1998), quizás podamos pensar el poder que los modos de subjetivación tienen sobre los seres humanos en función de este plegamiento. Los pliegues incorporan sin totalizar, internalizan sin unificar, reúnen discontinuamente en forma de dobleces que configuran superficies, espacios, flujos y relaciones.

Finalmente, cabe destacar la influencia actual de la Teoría del Actor Red, derivada del pensamiento de autores como Bruno Latour y Michell Callon. Al poner nuestra mirada en la práctica situada, cobran relevancia los objetos y dispositivos como actores no humanos participando de las redes de acción discursiva. En este sentido, recientemente Tirado (2011) ha llamado la atención en torno a la necesidad de centrar nuestros análisis y estudios en el acontecimiento y en los objetos como actores sociales. Esta perspectiva establece una horizontalidad entre objetos, discurso y sujetos, analizando cómo sus entidades se producen en la conexión. Por ello, esta visión será especialmente crítica al excesivo énfasis que habría puesto la Psicología Discursiva en el discurso, subordinando el valor de relaciones tan textualizadas como materiales.

Hoy estamos ante un horizonte nuevo, con nuevos debates, nuevas concepciones que han resituado la noción de discurso en una red más compleja de prácticas semióticas y materiales.

En este contexto ¿cabe hablar de una *Psicología Discursiva* propiamente tal? En nuestro parecer, en parte sí y en parte no.

En parte sí, pues esta etiqueta efectivamente nomina una mirada y una práctica que permite abordar los reportes y descripciones, que antes habían sido tomados como representaciones, como prácticas situadas. Sin embargo, hemos dicho también que no. Consideramos que la etiqueta *Psicología Discursiva* tiene un efecto reificante que, si bien puede ser útil en tanto permite visibilizar una práctica y una perspectiva en el contexto del devenir de las comunidades académicas, presenta el riesgo de establecer límites que pueden ser peligrosos para la propia mirada discursiva. Como

puede desprenderse desde el debate postconstruccionista, el valor de la práctica analítica emergida de la Psicología Discursiva requiere articularse con otras prácticas analíticas y otras miradas que hoy están llenando el espacio de las ciencias sociales, las que nos permiten comprender de un modo más complejo y amplio los procesos de producción y reproducción social, enfocándonos en las prácticas situadas.

Para finalizar, quisiéramos citar una anécdota ocurrida en el transcurso de la asignatura Epistemología Psicológica que hace algunos años impartía la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Como parte de las actividades docentes, los estudiantes debían confrontarse en grupos a través de un debate que tenía el formato de un juicio oral. En uno de estos juicios, un grupo, en representación de Donna Haraway, acusaba al trabajo de Jonathan Potter como un trabajo excesivamente centrado en el discurso, dejando de lado las prácticas situadas en las cuales este se produce. La anécdota refiere a que el grupo, al cual le correspondía defender a Potter, le escribió directamente, transcribiéndole la acusación. Prontamente, el académico inglés respondió, indicando que efectivamente estaba, en parte, de acuerdo con la acusación, pues la perspectiva discursiva podría caer efectivamente en centrarse en una dimensión reproductiva, por ello, si bien afirmaba el poder de ella en el análisis de los procesos sociales, a la vez señalaba la necesidad de nutrirse con este debate que estaba ocurriendo, reivindicando así el valor de la perspectiva y, particularmente de las herramientas analíticas, para este nuevo marco de las ciencias sociales. En efecto, hoy a veinte años de la revolución discursiva, nuevos debates abren un nuevo horizonte para el análisis de lo social.

Referencias

- Austin, J. (1982). *¿Cómo hacer cosas con palabras?* Barcelona: Paidós.
- Barthes, R. (1970). Elementos de Semiología. En R. Barthes, C. Bremond, T. Todorov & C. Metz (Eds.) *La Semiología* (pp. 15-68). Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Barthes, R. (1988). *Mitologías*. México: Siglo XXI.

- Billig, M. (1987). *Arguing and Thinking: A Rhetorical Approach to Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press- Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- Chomsky, N. (1965). *Aspects of the Theory of Syntax*. Massachussets: Cambridge University Press.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1997). *Mil Mesetas: Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Denzin, N. & Lincoln, Y. (2003). Introduction: The Discipline and Practice of Qualitative Research. En N. Denzin & Y. Lincoln (Eds.) *The Landscape of Qualitative Research. Theories and Issues* (pp. 1-45). Thousand Oaks: Sage.
- Eco, U. (1981). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.
- Edwards, D. (1997). *Discourse and Cognition*. London: Sage.
- Edwards, D. & Potter, J. (1992). *Discursive Psychology*. London: Sage.
- Foucault, M. (1983). *El Orden del Discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Gergen, K. (1989). La Psicología Postmoderna y la Retórica de la Realidad. En T. Ibáñez. (Coord.) *El Conocimiento de la Realidad Social*, (pp. 157-185). Barcelona: Sendai.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Harré, R. (1992). The Second Cognitive Revolution. *American Behavioral Scientist*, 36(1), 5-7.
- Harré, R. & Gillet, G. (1994). *The Discursive Mind*. London: Sage.
- Heritage, J. (1984). *Garfinkel and Etnometodology*. Cambridge: Polity Press.
- Ibáñez, T. (1989). *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Senda.
- Íñiguez, L. (2005). Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la psicología social de la era 'post-construccionista'. *Athenea Digital*, 8, 1-7. Recuperado el 13 de marzo de 2011 de <http://antalya.uab.es/athenea/num8/siniguez.pdf>
- Íñiguez, L. & Antaki, Ch. (1994). El Análisis del Discurso en Psicología Social. *Boletín de Psicología*, 44, 57-75.
- Middleton, D. & Edwards, D. (1990). *Memoria Compartida: La Naturaleza Social del Recuerdo y del Olvido*. Paidós: Barcelona.
- Parker, I. (1992). *Discourse Dynamics*. London: Routledge.
- Potter, J. (1998). *La Representación de la Realidad: Discurso, Retórica y Construcción Social*. Barcelona: Paidós.

- Potter, J. & Wetherell, M. (1987). *Discourse and Social Psychology*. London: Sage.
- Potter, J., Wetherell, M., Gill, R. & Edwards, D. (1990). Discourse: noun, verb or social practice? *Philosophical Psychology*, 3(2), 205-217.
- Rose, N. (1998). *Inventing our selves. Psychology, power and personhood*. Cambridge: University Press.
- Searle, J. (1965). *¿Qué es un acto de habla?* Valencia: Teorema.
- Sisto, V. (2008). La investigación como una aventura de producción dialógica: la relación con el otro y los criterios de validación en la metodología cualitativa contemporánea. *Psicoperspectivas*, 7(1), 114-136.
- Shotter, J. (1978). The cultural context of communication studies: methodological and theoretical issues. En A. Lock (Ed.). *Action, Gesture and Symbol: The Emergence of Language* (pp. 43-78). London: Academic Press.
- Shotter, J. (2001). Toward a third revolution in psychology: from inner mental representations to dialogical social practices. En D. Bakhurst & S. Shanker (Eds.). *Culture, Language and Self: the Philosophical Psychology of Jerome Bruner* (pp. 167-183). London: Sage.
- Shotter, J. & Gergen, K. (1989). *Text of Identity*. London: Sage.
- Tirado, F. (2011). *Los objetos y el acontecimiento. Teoría de la socialidad mínima*. Barcelona: Amentia.
- Wetherell, M. & Potter, J. (1992). *Mapping the Language of Racism: Discourse and the Legitimation of Exploitation*. Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf.

Fecha de recepción: 15 de marzo de 2012.

Fecha de aceptación: 31 de mayo de 2012.